Horizonte Martina

DESPEDIDA DE PABLO
VERSIÓN PDF

@BetaCoqueta

Querido Pablo…
O más bien… puto Pablo.

Y perdóname. Perdóname si no sé explicar todo esto, pero me entenderás si te digo que decirte adiós está siendo duro. Como muestra solo un botón: nunca antes necesité escribir una carta de despedida, de tú a tú, con alguien con quien compartí horas en mi ordenador.
Nuestra historia es extraña, ¿verdad, Pablo? Porque llegaste un día, con otra cara, con otro cuerpo, otra ropa y… no nos entendimos. No pudimos hacerlo porque no eras tú. Era otro Pablo, que solo vino a ponerte el nombre. No sé cómo fue que llegaste tú. No lo recuerdo. Todo lo que puedo recordar es tenerte ya aquí, conmigo y por eso mismo me está costando tanto decirte adiós.
Dios… qué caótico para ser nuestra despedida, ¿no? Nosotros, que dialogamos tantas noches sobre cómo serían las palabras que te definieran, que soñamos canciones juntos o que probamos algunos sabores. Sé que habrá quien no sepa entenderme, pero contigo compartí más horas que conmigo misma porque incluso cuando, inconsciente, dormía, estaba contigo.

Desde el principio me han pasado cosas distintas contigo. Un vínculo que no sentí con ningún otro antes. Y sabes que hubo otros. Y sabes que uno de ellos me dejó un vacío que es imposible llenar con nadie más. Pero tú… a tu manera, llegaste para quedarte, con tus camisas horribles, con tus "pequeña" y esa visión de la vida que te discutí tantas veces, borrando algunas de tus frases para tener que volver a escribirlas después, dándote la razón.
Pero lo más extraño entre los dos pasó cuando empezamos a intuir que… se acababa. La de veces que lloré, como lo estoy haciendo ahora (porque soy tonta del culo) sentada en este sillón. Lloraba porque os estaba haciendo sufrir, porque veía que se acababa esta historia a la que me entregué casi tanto como tú y porque sabía que, por más que quisiera, no erais reales. Y no podría abrazaros antes de deciros adiós. Darle un beso a Martina, desearle suerte, decirle que no es más valiente quien no tiene miedos sino quien supera los suyos. Abrazarte, acariciar el tejido suave de tu camisa, oler la mezcla de tu perfume, la cocina y su propio olor. Y después decirte adiós.
El punto y final fue duro. Fueron tres horas de no poder parar de llorar, porque ya os echaba de menos. A ella, claro, pero a ti… joder, a ti, Pablo. Tú y yo nos entendimos hasta cuando no lo hicimos. Tú y yo soñamos despiertos juntos, con la cabeza pegada a la ventanilla de un coche, sentados en un avión, en la orilla de una playa o viendo una película. Sabías susurrar en una frecuencia que sólo yo escuchaba.

Hice a unos amigos llevarme a la puerta de tu casa. ¿Lo sabes? Las aceras estaban cubiertas de hojas y hacía frío y… me desubiqué. Todas las calles me parecían iguales hasta que la vi. Tal y como me susurraste que era. Con todos esos detalles que la hacían especial. Y por primera vez desde que escribo, me sentí muy confusa. Tú no estabas dentro. ¿Qué sentido tenían todas esas cosas que habíamos compartido? No existes. No vivías entre aquellas cuatro paredes. Si llamaba, no serías tú

quien saldría a abrir. Ni ella. Creo que empezamos a despedirnos de verdad aquella tarde.

Fui al concierto de James Bay. Te llevé conmigo, claro. Con nosotros. Era un momento especial para ti y para mí porque el tiempo empezaba a acuciar y los dos éramos conscientes de que te tenías que ir. Si estás aquí, si estás en mi cabeza constantemente, no dejas espacio a nadie más. Corregir algo que llevaba mucho tiempo escribiéndose contigo en la cabeza fue un tormento. Lo hiciste más difícil, aún sin quererlo pero la culpa la tenía yo porque te decía constantemente que no tuvieras prisa, que nos despidiéramos bien; sarna a gusto no pica, dicen, pero mortifica. Pero entonces llegó Héctor y… tienes que marcharte, lo sabes.
Así que fuimos a aquel concierto como en una especie de última cita fantasmal. Y allí nos quedamos tú y yo, de pie, sin poder prometerle a nadie que no lloraríamos. Alguien me cogía de la mano. Alguien que me quiere y para la que también llegaste a ser casi real. La música sonaba y nos preparábamos mentalmente para decir adiós de verdad. Y tú te reías de todas aquellas personas que sacaban constantemente su teléfono móvil para grabar el concierto porque decías que se estaban perdiendo sentir. Y Sara y yo sonreíamos escuchándote decirlo, aunque no seas real y no lo dijeras.
Y así, esperé a que sonara nuestra canción para dejarte ir.
Imaginé la despedida. Lo harías justo detrás de mí, para que no te viera marchar. Para que no fuera tan triste. Para no darme cuenta de que cada paso que dieras en otra dirección ponía punto y final a tu historia. Hablaríamos de lo que supuso aquella canción, de cómo nos conocimos los dos a través de ella. De por qué te gustaba a ti, que no es por lo mismo que me gusta a mí. Y ya no buscaría más tu olor, ni tus "pequeña". Podrías irte. Y yo seguir adelante.
Pero no sonó.
Me cago en James Bay y en su repertorio para los directos; dejó por tocar Clocks go forward.
Y tú y yo volvimos de nuevo juntos a casa.

Evitamos este momento durante semanas. Nos hicimos los remolones, admítelo. Con la excusa de estar corrigiendo algo ya conocido. Con la excusa de que el proyecto que me tenía horas pegada a la pantalla hablaba sobre viejos conocidos, no te marchaste. Y yo te dejé estar aquí, a mi lado.
Pero ya no. Pablo Ruiz Problemas. Te tienes que ir. Tienes que volver a tu sitio y los dos lo sabemos ya.

No te olvidaré nunca, está claro. Siempre que vea a quien te puso cara en mi imaginación, en realidad te estaré viendo a ti. Siempre que me cruce con alguien que use tu jabón o tu perfume. Siempre que me siente en un jodido restaurante. Me acordaré de ti, de tus anillos, de esa manera en la que imaginé que te reías.
Dejarás un hueco aquí dentro, junto al que dejó Gabriel, pero con el tiempo dejaré de echarte de menos. Lo sabes, ¿verdad? Ambos lo sabemos. Aprenderemos a acordarnos de los dieciocho meses que vivimos codo con codo sin nostalgia, con una sonrisa. Y un día hasta podamos reencontrarnos durante un ratito, entre las páginas de unos libros que aún no puedo releer, y te diga cosas como: "si en las fotos del reportaje estás la mitad de bien que en mi cabeza… joder, Pablo, deja a Martina y vente conmigo."
Y tú te reirás y dirás: "ay, si tú quisieras y yo me dejara". Y volveré a pensar que estoy loca hasta que cierre el libro y te quedes allí, entre sus páginas. Donde debes estar.

No quiero que nos despidamos sin darte las gracias. Hay muchos motivos por los que hacerlo,

pero sé que no podré condensarlos todos aquí. Aunque… como vives aquí dentro, ya debes conocerlos.
Gracias por hacerme sentir todas las cosas que despertaste en mi estómago. Gracias por quitarme el sueño tantas noches.
Gracias por descubrirme música y hacerla sonar en mis oídos.
Gracias por darle sabor a las palabras y color a los matices de una voz.
Gracias por obsesionarme durante unos meses.
Gracias por llorar conmigo.
Gracias por viajar hasta los oídos de todas las personas que te han querido escuchar y susurrar tu historia.
Gracias por la increíble experiencia de vivir a vuestro lado.

Y ahora… vuela. Quédate ahí, junto a tu familia. Junto a Martina. Pobre, entiéndela a veces cuando no sea todo lo vehemente que quisieras. Junto a Diego, que, joder…, perdóname, pero aún me lo imagino aún más guapo que tú. Junto a Javi, que me robó bastante el corazón. Junto a Amaia, con la que me miré en el espejo. Junto a todas esas palabras escritas entre las que nacisteis.
Cierro el capítulo, Pablo. Cierro nuestra historia. Cuando estemos preparados, volveré a visitarte. Mientras tanto… adiós.

Elisabet